



libros siguientes dice nuevamente que dos cónsules romanos llamados el uno Tolemon y el otro Bruto, la poblaron; lo cual tambien dice D. Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo; lo mismo San Isidro dos veces en la crónica de sus godos, y más otros historiadores que lo siguen; de manera que discrepa mucho lo primero de lo segundo, dado que lo postrero de los cónsules Tolemon y Bruto va tan mal mirado quanto lo de los almozudes, porque no hallamos en alguna de las crónicas latinas cónsul ántes ni despues que los romanos viniesen en España llamado Tolemon. Ni Tito Livio, ni Polibio, ni Lucio Floro, ni Plutarco, ni Casiodoro, que recogió quantos cónsules romanos hubo hasta que faltaron, pone algun cónsul con tal nombre ni sobrenombre. Largo sería de contar si por extenso dijésemos la mucha diversidad que quanto al artículo de los almozudes hallamos en las crónicas sobredichas de España. Las unas que más limitadamente hablan, y quieren que su razon parezca más verdadera, dicen que los almozudes vinieron de Grecia, donde fueron naturales, y que llegaron á la Coruña segun hemos dicho, donde siendo desembarcados dejaron á Galicia, y entraron en España ganando mucha parte de ella; y allí finalmente hicieron su morada, poblando lugares y villas donde vivieron. Despues dicen haber tenido maneras con que ganaron la voluntad á los pueblos comarcanos para vivir en su conversacion, y con tal industria lo negociaron, que de ello por bien y con amistad, y de ello con fuerzas y tiranías, en breve tiempo señorearon gran parte de las provincias, tanto que fueron tenidos por muy principales en España. Dicen ser gente de mucha razon y cordura, de quien tomaban los españoles cosas de gran provecho, con que se hacian á sus costumbres, y se mezclaron con ellos, así en la gobernacion de la tierra, como en todo lo demas que convenia, dándoles sus hijas para casar con las de los almozudes. Vino de esto que en el parentesco de los unos y de los otros, y con la conformidad, que siempre fué madre de todos los bienes, poco á poco perdieron el nombre de los almozudes, y se llamaron todos españoles. Otras historias van mucho contrarias en esta razon, y son las que más largo hablan en ello, diciendo que los almozudes vinieron con Hércules el Griego, cuando en España pasó, el cual afirman que dejó por acá mucha gente que consigo traia, y que los tales poblaron algunas partes de aquellas comarcas. Mas (á mi parecer) tan escrupuloso va esto como cualquiera de lo pasado, pues ya en el primer libro escribimos que muchos autores de

gran crédito porfian que nunca tal Hércules Griego tocó jamas en España, y si tocó sería de pasada por la costa del mar solamente, cuando dicen que fundó la villa de Gibraltar, ó dió manera como ciertos pastores españoles la poblasen, porque el que acá vino y paró en España de cierto fué Hércules el Egipciano, que tuvo mayor fama, y acabó hazañas más graves; y puesto que el griego entrase en España, sábase que no venia tan acompañado, ni tan poderoso, que bastase para poblar tal espacio de tierra como los cronistas españoles atribuyen á los almozudes ó almonides. Algunos otros escriben que los almozudes fueron señores en España seis años no más, otros que catorce; muchos escriben que cuarenta, los cuales pasados afirma la crónica del señor rey D. Alonso, y las demas que van con ella, que sabiendo las gentes extrañas estas nuevas de su venida, y que ya poseian la tierra por fuerza, con desafueros y crueldades que hacian, crecieron los corazones, y determinaron ellos de hacer otro tanto para destruirlos si pudiesen: lo cual pusieron luégo por obra, señaladamente los que moraban en las islas del mar, que juntaron grandes navios en que vinieron y se metieron en España, por cuatro partes. Los que cayeron en la frontera de Cádiz, dicen que vinieron por Guadalquivir arriba, hasta que llegaron á una ciudad nombrada por aquellos dias Itálica, cuyos moradores salieron contra ellos, y pelearon una batalla muy recia, donde os ciudadanos fueron vencidos, y los forasteros entraron á la revuelta matando quantos habia dentro. La gente restante que vino por las otras partes dicen no haber hallado resistencia, y que sin contradiccion ganaron la tierra, y mataron todos los almozudes, y que á los españoles sus parientes y confederados pusieron en servidumbre, y los tomaron por esclavos, y que duraron en aquella sujecion y cautiverio hasta la venida de otras gentes africanas, llamadas los cartagineses. Esto es en suma, lo que nuestras historias dicen de estos almozudes ó almonides. Pero mucho de ello no sé yo cómo lo crea, pues en aquellos tiempos no era fundada la ciudad de Itálica donde señalan que fué la batalla, ni se pobló desde á muchos años, como lo veremos en los libros siguientes. Mas como quiera que sucediese, de sospechar es que la cuenta de los almozudes ó almonides debió cierto ser algo, dado que no se declare ni diga hasta hoy como cosa bien conocida; y como tal los que de ella quisieron hablar, le añadieron algunos adornamientos á manera de hazañas, que verdaderamente nunca sucedieron, por dar alguna gracia en paso tan se-



co, y de quien no se alcanzaban ni sentian, como dicen, más del sonido. Quanto á la genealogia de ellos que dicen haber sido griegos de nacion, no me entremeto, pues si lo fueron pudieron ser algunos de los muchos griegos que diversas veces poblaron en España; de los cuales alguna parte queda ya escrita en el primer libro, y parte de ellos pondrémos adelante en el proceso de esta obra por ser muy averiguado que tuvieron en ella moradas y villas suntuosas, conforme á la relacion que de ello hacen todas las historias antiguas fidedignas, y áun allende todo esto duran el dia de hoy señales manifiestas entre nosotros de la naturaleza y asiento que los griegos acá tuvieron, como son muchas costumbres griegas, en que todavía vivimos sin haber podido mudar ni perder, aunque despues acá son pasadas por los españoles grandes novedades y mezclas de gentes extrañas, que por tiempo nos han corrompido lo más de las maneras de vivir antiguas que nuestros pasados tenian; pero las griegas eran ya tanto nuestras y tan naturales, que parte de ellas nadie las ha podido mudar.

Cierto es que las vestiduras negras de luto que se ponen por los difuntos, de los griegos quedaron, y el colgar de los escudos de armasy cotas y pendones, sobre las sepulturas de los nobles, tambien vino de ellos como Plinio lo declarara. El trasquilar otrosí los cabellos en los parientes y allegados de estos tales que así mueren, con otras muchas ceremonias notoriamente griegas, que andando la historia se verán adelante. La otra señal, que tambien hoy dia hablamos en nuestra lengua española multitud de vocablos que son griegos verdaderamente, de los cuales en esta parte yo daría suficiente relacion, si no fuese materia diversa de lo que pretende nuestra crónica; pero cualquier español que tenga noticia de la lengua que los antiguos griegos hablaban, en que permanecen los libros de sus ciencias, fácilmente conocerá ser verdad esto. Por donde parece muy claro la mucha vecindad y morada que la gente griega tuvo largos tiempos en nuestra tierra, sin jamas salir de ella, no solamente los Almozudes, de quien las historias españolas hacen memoria, sino tambien de muchos otros, como fueron los de la isla de Iasanto que dijimos haber poblado á Murvedre, y los que vinieron con el capitan Alceo Tebano, que por otro nombre llamaban Hércules el Griego, y tambien los compañeros de Dionisio el menor, á quien los gentiles llamaron el dios Baco, y despues la gente que trajeron Menesteo, y Ulises y Teucro, como en el primer libro

queda puesto, y otros sin éstos de quien adelante hablaremos, que poblaron las villas de Roses, Empurias y Denia, con más ciertos vecinos de Lacedemonia, naturales de una provincia griega llamada Laconia, los cuales afirma Estrabon que vinieron en España y poblaron una villa que se dijo Laconimurgi, en las fronteras de Vizcaya, que ahora caen entre Castilla y Navarra. Pero de estos Lacones yo nunca pude hallar ni descubrir en qué tiempo fuese su venida, ni creo que tengamos historia que de ellos hablemos de lo que Estrabon apuntó en el tercer libro de su geografia. Y si los Almozudes ó Almonides, de quien ahora tratamos, tambien fueron griegos, y residieron algun tiempo en España como todos los cronistas españoles afirman, de sospechar es que tambien harian en ella pueblos y cosas notables, porque tal fué siempre la manera de las gentes griegas en dejar su recordacion ó memoria donde quiera que podian con sobrada diligencia, lo cual hicieron en los tiempos pasados con mucha gracia de letreros y edificios. Esto me pareció que fué bien aclarar en este capítulo sumariamente, por ser la cosa más confusa y ménos entendida que yo tenga leído por todas nuestras crónicas españolas, y la que más cuidado me puso para descubrir algo de verdad en ello, si mi diligencia bastára, puesto que sin lo ya dicho, no dejara de tornar á poner mi parecer sobre los de estos Almonides, en los veintinueve capítulos de este segundo libro, donde se verá que si tales gentes pudieron acá venir, sería muy muchos años despues de la gran seca sobredicha, fuera de la sazon que les atribuyen, y así por esto como porque todas sus hazañas ya dichas parecen haber sido negociadas en las provincias occidentales de nuestra tierra, la crónica dejará por ahora su relacion, y dirémos los otros acontecimientos verdaderos y ciertos que sucedieron en las provincias orientales de ella, segun que los escritores auténticos nos dejaron escritos en sus libros para que de toda parte sepamos lo que por España se hacia.

CAPÍTULO III.

Cómo gentes advenedizas llamados los celtas llegaron a España, y se juntaron con ciertos españoles que vivian cercanos á las riberas del Ebro, y despues poblaron otras provincias de ella, particularmente la que llamaron Celtiberia, donde se ponen los aledaños ó mojonos que solia tener esta region.

Las primeras gentes extranjeras que despues de fenecido el señorío de los reyes anti-



guos en España, hallamos haber entrado por ella contra sus regiones orientales, fueron naturales de la tierra que llamamos ahora Francia, moradores en la provincia donde tambien fueron despues edificadas las poblaciones de Narbona, de Mompeller y de Marsella, cuya venida tocan sumariamente nuestros cronistas españoles, aunque pocos, diciendo que como los tiempos fuesen acá mejorando despues de la gran sequedad y la gente huida comenzase ya de tornar á sus naturalezas, entre los otros que vinieron fueron tambien aquellos que, pasando la parte meridional de los montes Pirineos, estaban recogidos en aquella provincia; y aún de pensar es que serian éstos los primeros de la vuelta, pues hallándose cerca, podrian prestamente tornar sin estorbo de nadie. Con ellos dicen tambien que vinieron mezclados algunos de los mismos entre quien estuvieron todo el espacio de veintiseis años que duró la persecucion sobredicha, los cuales, dado que se nombren ahora franceses, llamábanlos en aquellos dias galos celtas, y por sobrenombre bracatos, á causa de los paños menores con que tapaban sus vergüenzas, á quien ellos decian bracas en su lenguaje, como tambien los llamaron despues los latinos, y nosotros asimismo los decimos ahora. Con estos celtas bracatos los españoles huidos debieron tener tal conformidad en el tiempo de su destierro, que vinieron á casar los hijos y las hijas de los unos con los de los otros, y se trabaron por ambas partes amistades y deudos muy cercanos; y así resultó de ello que los galos celtas conversaban á la continua con la gente española, viniendo diversas veces á holgar y negociar entre ellos y á gozar de los bienes de la tierra, la cual ellos conocieron en estas entradas ser abundante de muy crecidos intereses; y como tal no tardó mucho que grandes compañías de ellos no saliesen con hijos y mujeres y haciendas cuantas buenamente pudieron traer, y se pasaron en España para morar en ella reposadamente, sobre lo cual no hallaron contradiccion ni persona que mostrase displacerse de su venida; y aún es de pensar que primero lo comunicarian con estos españoles que con ellos habian estado, segun el parentesco y alianza que tenian todos. Los españoles cuando vinieron, tomaron asiento junto con una parte de tierra que sale desde las vertientes orientales de los montes Idubedas, de quien escribimos en el primer libro, hasta las riberas del rio Ebro que llamaban en aquellos tiempos Ibero, por cuya razon tambien ellos eran dichos los españoles iberos, el cual nombre tienen muchos por cierto haber sido general á cuantas gentes

moraban en nuestra tierra primero que los llamasen españoles, segun escribimos en el primer libro. Y estos dicen, que despues cuando se comenzó de nombrar España, ya que se perdiese por las otras nuestras gentes el tal apellido, se conservó por los naturales de esta provincia, puesto que no fuese grande á lo ménos en lo ancho, que cierto era mucho ménos que en lo largo, por correr aquel rio sobre la parte de Levante, muy junto con estas cumbres, y dejar breve trecho desde sus vertientes hasta las aguas.

De esta gente nueva de Francia y su venida en España, halló tambien abundosa relacion en las historias latinas y griegas, que conforman con todo lo que tenemos dicho, si no dijese haber sido la causa de su movimiento pendencias que tuvieron con aquellos españoles cercanos á Ebro, sobre los términos y rayas de su provincias que cada cual quisiera tomar forzosamente lo que no le pertenecia, mas al fin dicen que fueron averiguadas estas diferencias, y que vinieron en tal conformidad que tuvieron por bien de casar los hijos de los unos con los de los otros, y que con este principio se comenzaron á comunicar tan de buena voluntad que los españoles recibieron entre sí todos estos celtas bracatos advenedizos para morar juntamente con ellos. Dicen más las historias peregrinas, que por causa del nombre de estos galos celtas extranjeros, y de los españoles iberos con quien se jantaron, la gente que de ellos nació se nombraron despues los españoles celtiberos, que fueron en España nacion mucho valerosa. Sabemos otrosí, que como la sucesion y casta de éstos creciese continuamente, y aquel espacio de tierra donde moraban los iberos no bastase para tanta multitud cuanta cada dia se multiplicaba, convino dejar la comarca pequeña donde nacieron, y pasar los montes Idubedas contra las partes occidentales para buscar nueva region que poblasen y donde cupiesen. Puestos allí, tomaron á lo largo cuanta tierra viene por las faldas del sobredicho monte desde la cumbre de Moncayo contra Aragon, hasta diez ó doce leguas en bajo de donde fundaron ellos despues la villa que dijeron Segobriga, llamada por este nuestro tiempo Segorve, con casi veinte leguas en ancho por la banda occidental, y fueron causa los tales asientos allí hechos que la provincia toda quedase llamada muchos dias adelante la tierra de Celtiberia propriamente, puesto que despues creció tanto su generacion que tampoco les bastó la provincia donde primero moraban, ni lo que sus vecinos poseian y se derramaron



por otras provincias mayores en España contra la parte del Septentrion y de Mediodia. Andaban entre los célticos y celtiberos cuando la segunda vez pasaron estos montes Idubedas ciertas parcialidades como parentelas, en que todos estaban repartidos, de los cuales eran principales y muy señalados unos que llamaban los arevacos. Estos al tiempo de la venida sobredicha tomaron asiento diverso de los otros en las partes postreras y más septentrionales de la sobredicha region ocupando tambien el espacio que venia desde Moncayo hasta la ribera del rio Duero, donde fundaron algunas poblaciones, aunque pocas, porque la comarca fué pequeña casi en el derredor y confines que hallamos ahora las villas de Agreda y Montagudo, puesto que despues aquellos mismos arevacos pasaron á Duero para fundar allí lugares, y con algunas otras gentes allegadizas ensancharon y poblaron mucho su provincia, como presto lo veremos en el último capítulo del tercer libro. Con éstos habia tambien otros celtiberos llamados berones, que fueron asaz número de gentes por andarles mezclados dos parentelas nobles, nombradas los pelendones y los duracos, ó segun algunos lo pronuncian uracos, y hechos todos un cuerpo, siguieron el viaje de la misma parte septentrional en compañía de los arevacos que primero señalamos.

Estos tres linajes pasando poco más adelante, pararon entre las cumbres orientales de los montes Idubedas, y las aguas del rio Ebro, por el Occidente tomaron un espacio de la tierra que decimos ahora Rioja, señaladamente la parte donde se hallan al presente las poblaciones honradas de Santo Domingo de la Calzada, Briones, Haro, Nájara, Tricio, Navarrete, Logroño, Varea, Torrecilla de los Cameros, Anguiano, Priadillo, Villosada, Briena, Balbameda, con otros lugares menores de sus comarcas, incluidos y encerrados entre las aguas del rio que dicen Oja por el Septentrional, y las del rio Iruega por el Mediodia, que puede ser todo diez leguas en ancho, con otras tantas en largo, poco más ó ménos; y aún el apellido de Briones y de Briena, pueblos bien conocidos en esta region, bien claro parece ser tomados de sus pobladores antiguos los Berones ya dichos, como tambien la nombradía del rio Duero, por causa de los pueblos Duracos en que nace sobre las cumbres occidentales de los montes Idubedas, cuya largura va por allí muy levantada y tendida, llena de grandes pastos y montañas. Otro linaje de éstos llamaban Nerias, ó segun Juliano Diácono los nombra Neritas; otros decian Presamarcon, otros Cylenos, de

los cuales todos harémos adelante mucha relacion en diversos capítulos de los libros venideros. Añade sobre todos ellos aquel Juliano Diácono dos parentelas, no tan principales á mi ver como las sobredichas, una llamada los Caparos, otra de los Lacoos, cuyos apellidos, para decir verdad, yo jamas tengo vistos en autor de cuantos haya leído; los cuales dicen que tambien pasaron aquellos montes Idubedas con los otros sus parientes, casi en el año de 930, primero que nuestro Señor Jesucristo naciese, que fué justamente 1230 despues de la fundacion de España, segun el tenor y la cuenta de los tiempos que seguimos en esta crónica.

CAPÍTULO IV.

Cómo la villa de Roses fué nuevamente poblada en la provincia que llaman ahora de Cataluña, y de las cosas mas señaladas que dentro y cerca de sí tuvo cuando se fundó.

Entre tanto que los galos celtas y su generacion de celtiberos andaban metidos en España ocupando las provincias ya declaradas, hallamos por las historias que salieron ciertos navíos de una isla nombrada Ródas, que cae sobre las partes de Levante, junto con la menor Asia, llamada por este nuestro tiempo la gran Turquía. Comenzaron éstos á correr por el nuestro Mar Mediterráneo con tan buen aparejo de gentes y fustas, que no hallaban en el agua cosa que se les amparase; sujetaban todos los otros navegantes que por la mar andaban, no consintiendo que navíos algunos discurriesen por ella contra su voluntad. Y con la buena dicha que tuvieron, y con la sobrada diligencia que traian, pujaron tanto que vinieron á quedar señores absolutos de la mar, por espacio de veintitres años; en el cual tiempo visto que para llevar adelante lo comenzado, convenia tener algunos pasos y puertos en que se reparasen, por tener asimismo las paradas que más les convenia, y por se bastecer otrosí de viandas y jarcia pertenecientes á su navegacion, hicieron algunos castillos en diversas provincias de Europa, sobre la ribera de la mar, donde les pareció que serian las acogidas más á propósito; y como el asiento de España fuese muy apropiado para tal negocio, fundaron tambien en ella una fuerza sobre los fines postreros del monte Pyreneo, que se hacen entre Francia y España, junto á las riberas del sobredicho nuestro Mar Mediterráneo, en una montaña que por allí viene, sobre una bahía ó seno de agua en manera de golfo, en aquella misma parte donde hallamos ahora el monas-



terio que dicen San Pedro de Roda, frontero al través de donde fué despues acrecentada la villa de Empurias, y tan cerca de ella, que ponen solas tres leguas de mar entre la una y la otra. En este risco se conservaron al principio con temor de los españoles comarcanos, que les parecian ásperos y terribles, hasta conocerlos y tratarlos, y ver la manera con que los podian aplacar y traer á su conversacion.

Desde aquella fuerza ó castillo vinieron éstos de Ródas bajando sobre la costa del golfo: pusieron allí caserías fortificadas con gentes y reparos y con tolo lo que más convenia para la defension y recogimiento de sus navios, y como por la parte más alta quedasen guardadas de cualquier afrenta con el amparo del castillo y el sitio fuese bien provechoso, brevemente se mejoró con vecindad de españoles que se les juntaron. Por tal manera, que pasados pocos dias se hizo lugar señalado y honrado, tal que pudo tener reputacion en la comarca; pusiéronle nombre Rodope, por ser naturales de Ródas aquellos que primero lo cimentaron, al cual hoy dia corrompiendo su vocablo, llamamos Roses, puerto bien conocido en la tierra de Cataluña, y segun que por la órden de los tiempos bastamos á conjeturar, fué comenzada su fundacion casi á los novecientos y diez años ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, en los postreros dias del reinado de Josaphar, rey de Jerusalem. Así, que como este pueblo fuese cada dia creciendo en aquellas entradas de España, que se hacen al fin de los montes Pireneos, y los que lo moraban reconociesen la condicion de la gente que se les llegaba ser amorosa y agradable cuando no los trataban con rigor. Vistos los buenos asientos desta region y sus provechos abundantes de mar y tierra, fueron olvidando los tratos de la navegacion, y mucha parte dellos hicieron allí moradas pacíficas, recibiendo siempre consigo cuantos españoles querian venir á se les juntar: enseñábanles cosas de gran provecho que primero no sabian, en especial tejer cestas y serones, torcer sogas, lias y cuerdas de junco, que nace mucho por aquellas partes, lo cual se fué despues derramando por otras provincias comarcanas. Hasta su llegada, todo el aparejo comun con que los españoles ataban sus menesteres eran correas de cuero ó hiniestas dobladas ó gajos de ramos silvestres majados y torcidos. Enseñáronles tambien á tener molinos pequeños de piedra que traian á mano, segun que los usan hoy dia por muchas partes de Castilla, con que molian los materiales de que hacian pan, ahora fuese de castañas ó de bellotas ó nueces, como dicen

algunos, ahora de trigo, como se debe creer, ó de muchas otras simientes, pues en el primer libro dijimos el rey Abidis haber enseñado la manera de domar los bueyes para los uñir, sembrar y labrar la tierra con ellos. Procuraron tambien estos griegos de Ródas mostrar á los españoles sus comarcanos cierta manera de sacrificios y plegarias á los ídolos que consigo traian ellos, conformes á las costumbres de Grecia, con más ceremonias y más nuevas que nunca los españoles habian visto, particularmente los de la diosa Diana, con quien ellos tenian devocion, á la cual hicieron un templo dentro del mismo castillo, muy venerable y bien adornado, donde largos años despues ejercitaron aquella vanidad con gran acatamiento de esta diosa, tanto que despues del templo que estaba en Denia, el cual habian hecho primero los griegos de Zacinto á la misma Diana, segun declaramos en los veintiseis capítulos del primer libro, no tuvieron lugar los españoles antiguos donde más gente se allegase para tales sacrificios, ni con más devocion que en el templo que los de Ródas allí labraron. Tambien edificaron un oratorio dentro del mismo castillo para reverencia y honor del dios Hércules, con quien asimismo traian supersticiones y plegarias, en que le sacrificaban á ciertos dias y fiestas del año con la solemnidad y pompa que convenia.

Todas sus costumbres restantes así de religion como de tratos y manera de vivir, eran mucho semejantes á las mismas de los otros griegos, antiguos moradores en España, sino fué quanto á los sacrificios de aquel dios Hércules sobredicho, á quien generalmente todas las otras naciones de gentiles reverenciaban en sus ceremonias, con alabanzas y bendiciones devotas que le hacian y con otras muchas humildades, encomendándose á él. Estos de Ródas todo lo hacian al contrario, porque quanto hablaban con tales ceremonias eran maldiciones y denuestos y palabras injuriosas, mezcladas con risas y burlas que decian; no porque tuviesen á burla la divinidad deste su dios Hércules, sino porque creian ser en tal caso muy alta solemnidad, y de que más aquel demonio se contentaba; y á mi parecer acertaban en ello mejor que nadie, pues le trataban como merecia. Destos sacrificios y costumbres que mucho tiempo duraron en aquellas partes de España, hace mencion Juliano diácono y Juan Gil de Zamora en el tratado que recopiló de sus *Antigüedades Españolas* en lengua portuguesa, mucho conforme á lo que ponen las historias griegas en las usanzas de Ródas. Trajeron más estos de Ródas cuando vinieron



acá dineros de metal, con que trocaban entre sí mercaderías y negocios, porque ya en toda Grecia y en Asia y en otras partes del mundo habia dias que se usaba, y se tenia por muy buena invencion para cualesquier contrataciones; y como tal acometieron estos de Ródas con él á los españoles de su comarca para que les diesen á su trueco las provisiones y mantenimientos necesarios. En lo cual dicen haber sido los primeros de todas las naciones extrañas que llegaron en España, porque hasta ellos de nadie se halla relacion que viniesen de fuera con semejante trato de dineros. Los españoles comarcanos hicieron al principio gran burla dellos, teniendo por desvario pedir mantenimientos ó cualquier otra cosa de las provechosas á la vida por aquel dinero, que no se podia vestir, ni comer, ni parecia herramienta para labrar alguna labor, ni traia utilidad para cosa del mundo puesto que lo deshiciesen; y quanto á lo demas, pues nadie podia tener todo lo necesario, figurábaseles ser mejor que las cosas quando se trocaban fuesen todas útiles de unos á otros, para que los trocadores quedasen cada uno con provecho, así el que daba como el que recibia. Por esta razon pasaban muchos años que, aunque los griegos de Ródas usaban su dinero, los españoles que moraban y negociaban entre ellos lo reputaron por invencion supérflua: pero tiempo vino despues, aunque fué muchos años adelante, que conocieron ser gran descanso tenerlo como cosa particular y señalada, con que todas las otras se cambiasen, y que para tal efecto fué lo mejor del dinero no poder aprovechar en otra cosa porque no periciese, pues habia de ser el precio de todo lo restante. Así que con aquel asiento que los de Ródas hicieron aquella vez en esta parte de España, y con algunos lugares que de nuevo poblaron en aquellas provincias, aflojó mucho la conquista de la mar que primero pretendian, y despues adelante todo su trato fué navegar livianamente con urcas, navios de carga, sin fustas de guerra, para bastecimiento de las cosas que tenian menester en sus pueblos, ó para tratar algunas mercaderías en que ya pocos dellos entendian.

Fué junto con esto causa grande para desistir ellos de sus intentos comenzados haber salido de una tierra llamada Frigia en fin de los veintitres años arriba dichos, que se cumplieron en el año de ochocientos y noventa y uno, ántes de la Natividad de Nuestro Señor, otros mareantes con mucho poder de gentes y navios muy armados y muy abastecidos de quanto convenia: éstos, como hallasen la flota

de Ródas dividida por muchas partes, unos en hacer este lugar de Rodope acá en España, otros en Francia, labrando cierta poblacion á quien hoy dia llamaron Ródes, que fué primeramente cabeza de los pueblos nombrados Rutenos; otros puesta ya su morada sobre el rio Rosne, que dijeron ellos entónces Ródano, por causa de Ródas, donde fué su naturaleza, tuvieron los de Frigia convenientes aparejos para sin estorbo derramarse por los mares y lanzar fuera dellas cualesquier corsarios que hallasen, de tal suerte que nadie les pudo contradecir en el agua por espacio de veinticinco años continuos que duraron en aquel ejercicio. Estos de Frigia, dado que su morada fuese contra las partes de Levante dentro de Asia, muchas historias verdaderas afirman su primer nacimiento y origen haber procedido en España, segun lo dejamos apuntado en el sétimo capítulo del primer libro, los cuales al principio cuando por allí pusieron su vivienda, se llamaban Brigos, y despues Frigos, y al cabo Frigios, como tambien Plinio lo señala entre los autores latinos, y por tanto hacemos en esta parte memoria dellos, y de la pujanza que por este tiempo trajeron en la mar, para que como gente de España tengan alguna relacion sus hechos en esta crónica española.

CAPÍTULO V.

Del espantoso encendimiento de fuego que cerca deste tiempo se prendió por un pedazo de los montes Pirineos, y del sitio y postura que tienen algunos ramos de montañas que dellos proceden, y se tienden por diversas provincias de España.

Ya en estos dias parece que lo más de la tierra de España estaba reparada de cualquier adversidad que le pudo venir, y poblada medianamente de vecindad en todo lo bueno della, tanto como en cualquier otro tiempo de los pasados, cuando de súbito sobrevino un tal desastre, que si le tocara por todo cabo como le fué particular, hiciera mayor destruccion y mayor daño que ninguno de quanto podamos escribir, aunque metamos en ello la sequedad de veintiseis años que della se dice, como ya dejamos escrito. Esto fué, que discurriendo los pastores vecinos al Pirineo con sus ganados por las veredas y valles comarcanos, encendieron fuego sobre lo postrero dellos, no temiendo que sucederia tal mal cual despues aconteció, sino procurando guarescer de los frios que tendrian, ó bastecerse de las cosas que comunmente tienen menester los pastores. La llama prendió de tal arte, que muy grandes